

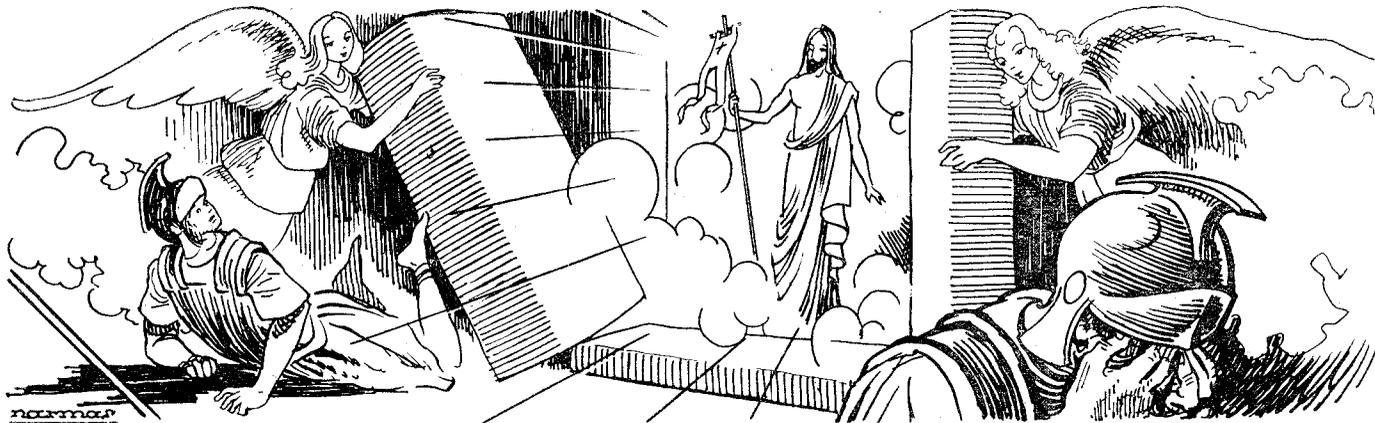
EXTRAORDINARIO
DE PRIMAVERA

ancora

AÑO XIII NÚM. 628

23 Abril 1960

S. FELIU DE GUIXOLS



¡RESURRECCION!

Una vez remontada la cuenta de enero, se adivina en lontananza entre un derroche de amarillos y blancos (mimosas y flores de almendro, que son heraldos de vida nueva) la resurrección de los verdes tonos en las desnudas falanges de los árboles dormidos.

Durante unas semanas, parece que el frío, antes de retirarse a sus heredades del Norte, se tumba a lo largo de la Sierra del Cadi y se divierte escondiendo el bóreas detrás de un sábado y echando bocanadas de nubes grises que almacenan indigestiones eléctricas y carretadas de pedrisco.

Algunas veces el sol, al sepultar al frío en las grietas de los glaciares, olvida una garra fuera y ella es la que apaga las verdes llamas que se encendieron prematuramente en esos barrocos candelabros que llamamos árboles, para dar la bienvenida a la Primavera. Entonces se queda sin cortejo La Deseada y llega de puntillas, sin reverbero solar y tan humilde que, cuando vamos a saludarla advertidos de su presencia, ya se ha disfrazado de Verano.

La resurrección de las plantas es como una nueva germinación y, al igual que ésta, lleva un gran bagaje de misterio y de poesía; pero los humanos andamos tan ocupados a la caza del dinero que no paramos mientes en las cosas rutina-

rias que no nos van a deparar beneficio alguno. Para los poetas, la Primavera abre las puertas a las bandadas de golondrinas que ponen una nota de alegría y dinamismo en nuestro cielo. Los comerciantes, en vez de golondrinas ven rebaños de turistas que ponen unos ceros más a la derecha de los guarismos que expresan el superávit. Son maneras de concebir y de sentir la vida en las que nosotros no nos metemos aunque sí opinamos que quien sea capaz de hermanar en un difícil eclecticismo ambas concepciones vitales habrá conseguido el milagroso prisma que descompone la grisea rutina en la policromada gama del arco iris.

Renovarse o morir, reza una sentencia que se ha hecho popular. La tierra, el cielo y el mar se renuevan al despertar del letargo invernal, e incluso los pinos y los cipreses que en apretado verde oscuro consiguen defender su intimidad de las garras del invierno, levantan sus cabezas en brotes de un verde claro para ver el vestido nuevo que la Primavera regala a sus compañeros desnudos. El mar deja de ser gruñón y levantisco; se ha tragado la espumajosa baba de can rabioso que a dentelladas descuartzizaba la dura carne del acantilado y convertido en perro faldero jugueteón, lame los pies de la

costa altiva y besa la mejilla de la playa festoneada de blanco y azul. Su bramido es hoy susurro y promesa de diversiones estivales.

Y el hombre, ¿que hace el hombre en estos momentos solemnes de la renovación de la vida? — Cuelga de las perchas los abrigos y sale a beber sol y aire y luz. Apura la Cuaresma y la hace estallar en repiques de campanas y el morado se torna rojo y el «mea culpa» se vuelve «hosanna». Tras el invierno de la mortificación que nos hace sentir el escalofrío del pecado, sucede la gran Primavera de la Resurrección — Cristo nos recuerda que Dios oconsintió hacerse Hombre y sufrir hasta ser inmolado en la cruz para que el invierno de esta vida turbulenta y pródiga en desengaños y sinsabores, cediera el paso a una eterna Primavera de flores salpicadas por la preciosa sangre del Justo, flores que son estrellas y Sangre que es néctar de Redención. El cuerpo exánime de Cristo sepultado en la tumba nueva de José de Arimatea ha sido la maravillosa simiente que ha nutrido al mundo con frutos de Santidad.

Cristo resucita cada año en la Liturgia de la Iglesia, al mismo tiempo que en la tierra brota la nueva vida y la savia nueva despliega en las desnudas ramas millares de ver-

des oriflamas. Abrámosle a Cristo el Corazón y hagámonos abanderados de su Doctrina. Que el feliz anuncio, llevado primero a los muertos porque los vivos no quisieron escucharlo, se grabe en letras de fuego en nuestra intimidad y resucite en los ambientes sociales las piadosas costumbres y anude los lazos de amistad entre los pueblos haciendo viva y palpitante la canción angélica que resonó por los aires el día de Navidad. Que los que viven muertos por la ponzoña del pecado, resuciten la vida de gracia que recibieron por el bautismo y, limpios de lodo y de prejuicios sociales, sigan la estela luminosa que nos legó Cristo y que rubricó con el más grande milagro que han visto los siglos: el triunfo sobre su propia muerte; una tumba limpia y nueva se le ofreció y la devolvió inmaculada porque en vez de servir, como todas las tumbas, para apartar la carroña de los ojos humanos, fue morada de ángeles que anunciaron a las santas mujeres haberse cumplido el misterio de la Redención.

La Sangre de Cristo nos redimió a todos, sin distinción de razas ni de castas. ¿No queremos merecer la Diestra del Crucificado cuando venga, glorioso, a anunciarnos nuestra propia resurrección? ¿Siendo tan bella la Primavera, preferiremos vivir eternamente en el más crudo Invierno?

José Mas Dalmau

ancora